

LA SOLUCIÓN.

PERIÓDICO FILOSÓFICO Y DOCTRINAL.

SALE CADA QUINCE DÍAS.



PRECIOS DE SUSCRICIÓN.	PRECIOS DE VENTA.
En Gerona, trimestre. . . 3 reales.	Cada número.. . . . 4 cuart
Fuera de Gerona. . . . 4 »	Números atrasados.. . 6 »
Cuba y Puerto Rico. . . . 8 »	
Extranjero. 10 »	

Redacción y Administración, Plaza de Bell-lloch, núm. 4, Gerona,
en donde se recibirán la correspondencia y pedidos.

ESPIRITISMO.

II.

El ser racional se ve, pues, en la precisión de aceptar y sujetarse á un progreso, que por naturaleza es el enemigo declarado de sus instintos, y no sólo se esclaviza de buen grado á las prescripciones impuestas por el mismo, sino que, juzgando poco lo actualmente poseído, desea mayor cantidad todavía, á pesar de saber con antelación que cuanto más adelante más cohibición tendrán sus apetitos orgánicos.

Aspiraciones tan antitéticas no serían posibles si el hombre fuera simplemente un conjunto material; pero desde el momento en que ambas existen, desde el momento que es una verdad la marcha progresiva llevada á cabo por el individuo en particular, y por la Sociedad en general, á despecho de la voz de la materia, propensa en todo tiempo á no permitir nada que coarte sus apetitos naturales y á revelarse contra todo lo que tenga viso de oposición á los mismos, prueban de una manera indubitada que el hombre es, no una individualidad orgánica, sino una entidad física y moral, un compuesto de materia y alma, representadas la primera por el cuerpo y la segunda por la razón; ambas abiertamente hostiles y en continua contradicción y lucha, disputándose palmo á palmo la supremacía de la vida, y esforzándose tenazmente una y otra para predominar sobre el individuo de una manera absoluta.

¿Quién vencerá en esta lucha? La contestación se da ella sola. El Progreso, es decir, el fruto de la inteligencia. Basta fijarse en los tiempos pasados y compararlos con el presente para conocer que la materia ha retrocedido perdiendo un terreno precioso del cual la razón se ha apro-

Nota.—Recomendamos la lectura del artículo «Fisiología de la Voluntad», por su relación con el Derecho Penal y con las teorías del Doctor Esquerdo.

vechado, y este hecho sobra para demostrar que el hombre como ser moral es perfectible; con tanta mayor razón cuanto, desde la época antropogénica, en que tuvo lugar su aparición, hasta la fecha, tiene recorridos algunos grados de la escala perfeccional; grados que no habría podido de ningún modo ganar, si la perfección no hubiese existido, y él, simple compuesto orgánico, hubiera tenido que amoldarse á la estacionaria ley que es propia del irracionalismo.

El hombre no es un ente privilegiado; es únicamente un ser ya preparado para entrar en posesión del raciocinio, y tal facultad cuando se adquiere, es bastante para contribuir, aunque paulatinamente, al perfeccionamiento de su poseedor, perfección ó adelanto que no puede eludir porque está grabado en la misma esencia de su facultad razonadora, y esta condición especial le separa por completo de los demás seres vivientes. Mírese si no la marcha recorrida por los irracionales, y se verá que en sus diversos géneros y especies han practicado siempre lo mismo, salvas algunas ligeras modificaciones dictadas por el instinto de conservación, siendo su conducta uniforme é igual, sin avanzar ni retroceder; y presidiendo en todos sus actos la predisposición á satisfacer sus necesidades naturales, no coartadas ni cohibidas por otra facultad que siendo propia, les obligue á seguir marcha distinta. No tienen razón; tampoco tienen progreso. La materia impera en ellos con absoluta soberanía, sin rival, sin contradicción, sin lucha; y como la materia no se perfecciona sino en la forma, es de ahí que por delicados que sean los contornos, no difieren en su esencia y permanecen, respecto al progreso, estacionados.

Tal diversidad deja comprender que no sólo lo físico forma al hombre, sino que concurre en el mismo otro elemento heterogéneo, especialísimo de por sí, de propiedad exclusiva de la raza humana, cuyo elemento ó facultad, separándolo por completo de todos los demás seres, se personifica á sí mismo, y subordina á su poderío, al cuerpo que lo individualiza y á los instintos inherentes á dicho cuerpo.

¿Quiere concederse á todos los seres igual condición? Entonces la única ventaja que poseerá el hombre será el tener costumbres más perfectas con relación á su mayor perfección orgánica; pero esas costumbres, aunque mejores, serán fijas, invariables, no susceptibles de perfectibilidad ninguna, absolutas, como absoluta es la ley física de la cual somos derivados, siguiendo de continuo las inclinaciones naturales de la materia, dándolo todo al suelo que pisamos; y si alguna vez se fijan nuestros ojos en el espacio, atraídos por la brillantez de la multitud de cuerpos celestes allí suspendidos, será para manifestar con nuestras estupidas miradas la extrañeza que nos causa tanta magnificencia, pero no indagaremos, no querremos saber qué es aquello, porque eso supondría un deseo de investigación, de estudio, de adelanto, impropio del reducido círculo material, que nos tiene aprisionados.

—¿Obra el hombre distintamente? ¿Existe en él algo que apartándolo de sus necesidades, le induce á estudiar lo que se halla fuera de su elemen-

to, aunque semejante estudio supone una oposición á los materiales instintos? En tal caso habremos de confesar que en la criatura racional hay otra cosa que, apartándose de la materia, tiene vida exclusiva, diferente en un todo de lo que precisa dentro el reino molecular cosa más fuerte y poderosa que la materia misma, como lo comprueba el hecho de estarle ésta subordinada, individual ó personalizada, porque cada una de por sí difiere de las demás, y por fin trabajándose ó elaborándose á sí propia para no deber más que á ella sola la perfección infinita.

Este es el resultado de la comparación que establecemos. Si el hombre no es más que un animal más perfecto, tendrá costumbres más perfectas, pero fijas é invariables. Si dentro de la naturaleza está la perfectibilidad de tales costumbres, no solo adelantaremos nosotros, sino que con nosotros adelantarán también las otras especies vivientes; y si quiere darse el exclusivismo de que solo el ser racional dentro de tal condición es susceptible de mejora, conforme es lo cierto, deberemos admitir para que así suceda, el concurso de una facultad distinta de lo material, que imprimiéndonos un sello especial, nos diferencie de todos los otros seres orgánicos.

Los hechos y la observación vienen á esclarecer este problema. Existe el hombre racional y el ser irracional, pero llevando en sí una diferencia tan marcada, una conducta tan completamente opuesta; que mientras se ha encontrado siempre al último, encerrado en una vida rudimentaria y fija, al primero en cambio se le ha visto de continuo en movimiento, dejando sus leyes de ayer para adquirir las de hoy, luchando contra éstas para implantar las de mañana, concibiendo á todas horas nuevos ideales y esforzándose para llevarlos al terreno práctico, reformando incesantemente su modo de ser en sociedad, y buscando por fin una felicidad, un algo desconocido, que poniendo en ejercicio su potencia activa le conduce insensiblemente al descubrimiento de los grandes secretos físicos y morales.

La felicidad es el cebo; y el medio de poseerla, nuestro deseo. Por ello la humanidad no está nunca satisfecha; ambiciona siempre y ambiciona tanto más, porque cuanto más adquiere, más conoce que le falta adquirir, y ese deseo persistente y eterno, producto de la esencia moral que en nosotros reside, y resultado natural y lógico de la atracción que nos llama hacia lo absoluto, no puede ser material, es imposible, porque la materia llega un día que se ve hastiada, harta, pero la inteligencia, jamás.

La razón no puede ser un producto físico, toda vez que sus tendencias son diametralmente opuestas á la causa que se le quiere suponer, pues si así fuere, si la forma ó construcción orgánica bastase para conceder al cuerpo la facultad de razonar, toda vez que el objeto intelectual es llegar al sumo adelanto por medio del progreso, éste se verificaría no por una raza en particular, sino por todas las especies en general, que de una manera lenta ó rápida marcharían uniformes, sin acortar ni alargar las distancias, porque todas poseerían más ó menos cantidad razonadora.

Pero no es así. Mientras en lo zoológico los cuerpos siguen la relación de simple á compuesto, y esta relación es armónica y perfecta, en lo moral no existe tal armonía, porque las leyes que presiden á lo uno y á lo otro son totalmente distintas. La formación orgánica obedece á una ley fatal, ineludible, que por nada ni por nadie se trunca, que todo lo sujeta y lo avasalla, no permitiendo inmiscuición ni detracción de facultades; que sigue sus gradaciones empleando matemáticamente el tiempo sin precipitarse ni retrasarse y obrando siempre de una manera automática; pero lo intelectual no podrá ni ahora ni nunca amoldarse á esa regularidad, porque sería negar la iniciativa.

El desarrollo de un cuerpo en sus ordinarias condiciones necesitaría un tiempo fijo, no estando en las atribuciones de ese mismo cuerpo el poder de paralizar ó acrecer semejante desarrollo, cuando al revés, el de la inteligencia se verificará á voluntad ó por razón de su propia iniciativa sin sujetarse á determinados períodos, ni obligarse á seguir tan acompasada marcha.

JOAQUIN VIDAL.

(*Se continuará.*)

FISIOLOGÍA DE LA VOLUNTAD.

Las facultades del alma hoy conocidas son sentir, pensar y querer, y sus atributos, unidad, identidad y actividad. El alma no puede sentir las impresiones verificadas en el sistema nervioso sin un fluido intermedio, porque la naturaleza no salta de improviso de un género á otro género: aquí la palabra misterio dejaría la cuestión por resolver. Todo fenómeno psicológico corresponde á otro fisiológico, y la explicación científica del primero debe buscarse en el conocimiento del segundo. Con esta ligera indicación paso á emitir algunas ideas muy profundas de Herzen respecto de la voluntad humana.

Cuando un movimiento sigue inmediatamente á la impresión exterior es involuntario como la tos; y si produce imágenes y deseos es voluntario, porque hay lucha de atractivos. La libertad de querer es una ilusión: la voluntad de obrar es un hecho. El progreso y la ley son la determinación necesaria de la voluntad. Somos capaces de obrar sin coacción, pero no sin causa. Se ha dicho que la voluntad es la facultad de querer de obrar con plena conciencia de que dirigimos libremente nuestra actividad, según las luces de la razón. A la voluntad se le consignan los caracteres de ser una, idéntica á sí misma, igual por su origen en todos los hombres, ilimitada y libre. La posibilidad de hacer lo que la voluntad quiere, es múltiple variada, desigual, inconveniente y limitada. Espontaneidad es la actividad humana sin la posesión de sí misma y sin deliberación. Instinto es la actividad espontánea obrando en sentido de la conservación del individuo, ó de la reproducción de la especie. El deseo es la actividad espontánea obrando para cumplir con los fines de la vida psicológica. La

naturaleza desea: la reflexión quiere. La pasión es la tiranía de una necesidad. La causa inmediata de los actos voluntarios se determina por el carácter del individuo, y los motivos que le impulsan son la otra causa inmediata secundaria. En las acciones del hombre influyen su constitución hereditaria, y la atmósfera física y moral que le rodea.

Por atmósfera moral se entiende la sociedad, las creencias, las formas de gobierno, la época histórica, etc. Los psicólogos dicen que en los fenómenos de la voluntad deben considerarse cuatro hechos elementales: posesión de sí mismo: deliberación, resolución y ejecución: que la posesión y deliberación son fenómenos intelectuales: que la resolución es el único elemento esencial y constitutivo de la voluntad y la ejecución es fenómeno externo: que la deliberación está en razón directa de la posesión de sí mismo; la resolución está en razón directa de la deliberación, y la ejecución está en razón directa de la resolución. Dicen que el querer es resolver, y que la libertad ó libre alvedrío es la facultad de poseerse, de determinarse y de obrar con inteligencia. Muchos moralistas no han comprendido lo que significa la palabra libre alvedrío, pues al reglamentarlo lo niegan, y al restringirlo lo destruyen. Nuestras acciones se relacionan con el sistema nervioso, con la organización individual y con el conjunto de sensaciones ó imágenes. ¿Porqué castigais á los animales rebeldes y acariciáis á los humildes? ¿Porqué matais á un perro que está rabioso? ¿Es libre en estarlo? pues con la misma razón castigais á un criminal. ¿Si la voluntad debe ser refrenada para que los hombres sean buenos, en donde se halla el libre alvedrío? ¿y si hay libre alvedrío, que fuerza tendrá el correctivo del delincuente? Si los hombres tuvieran la facultad de determinar sus actos con abstracción de los motivos, toda educación sería inútil. Todo progreso moral, intelectual y social ha sido un freno para contener la acción arbitraria del hombre. Los locos en todas las variedades de su demencia gozan de esa acción arbitraria, tienen el libre albedrío absoluto: los cuerdos, los hombres de razón son los que están cohibidos por la necesidad moral y externa. No es bastante que el código penal tienda á impedir la realización de los deseos culpables, es preferible que la cultura moral haga imposible la formación de tales deseos.

Quetelet decía: la sociedad prepara los crímenes y el culpable no es más que el instrumento que los ejecuta. Esta es la idea que tuvo Víctor Hugo al escribir su preciosa novela: *Los Miserables ó la fatalidad de las leyes*.

Las pasiones humanas se reducen á tres clases de necesidades: animales, sociales é intelectuales. La ilustración es necesaria pero se hace preciso saber que clase de ilustración: los romanos eran instruídos en el Derecho, y se recreaban con las matanzas del circo: los que admitían el sistema de Tolomeo, tenían ilustración, pero defectuosa.

El código penal define el delito toda acción ú omisión voluntaria penada por la ley: admite circunstancias eximentes, atenuantes y agravantes con la clasificación de autores, cómplices y encubridores, y con la división del delito en actos preparatorios, en tentativa, en delito consu-

mado y en delito frustrado. Se ha procurado construir por decirlo así, un termómetro que marque todos los grados de las acciones humanas. Sin embargo, varias ciencias se ponen en frente del código penal para disputarle el criterio de algunos actos. Los alienistas, los frenólogos, las ciencias médicas y aún las sociales, presentan al efecto algunos problemas, y la Psicología Psíquica y Fisiológica penetran hasta en el fondo de la voluntad, para arrancarle sus secretos: tal sucede con los estudios del precitado filósofo Herzen. Este autor afirma que no existe la espontaneidad de las acciones en los seres vivos, así como tampoco existe en ninguno de los seres del Universe: todo cambio es el efecto necesario de un cambio anterior. Los actos verificados por un ser cualquiera no son sino reacciones suscitadas por las influencias y las impresiones que sufre dicho ser por parte del mundo exterior. Se conoce con el nombre de influencia cuando es inconsciente, y se denomina impresión cuando nos apercebimos de ella por medio de los sentidos. La voluntad es la conciencia del motivo determinante combinada con la imagen del acto que ha de ejecutarse.

El libre albedrío es una sensación ilusoria que tiene su origen en lo imprevisto. Cuando sabemos lo que haremos, sabemos también porque lo haremos y este es el motivo determinante: pero antes de saber lo que haremos hay un momento de indecisión entre varios motivos, y esta duda, este momento, produce la ilusión del libre albedrío. Los moralistas teóricos presentan las siguientes objeciones: 1.^a Que con el expresado determinismo se destruye la unidad del yo; luego entonces la Fisiología moderna destruye la individualidad corporal puesto que las moléculas se renuevan. 2.^a Que toda la humanidad tiene el sentimiento de que su voluntad es libre: antes de Copérnico también la humanidad tenía el sentimiento de la inmovilidad de la tierra. San Agustín, Lutero, Calvino y Jansenio admitían la predestinación, y Pelagio, Arminio y Molina se apoyaban en la libertad, y hasta en historia hemos tenido la escuela fatalista, y al fatalismo religioso debió Mahoma las conquistas de su propaganda. Que no habría mérito en las acciones humanas ni lugar á premio ni castigo. Una acción buena en sí misma, siempre es buena, con abstracción de la causa. El acto de arrojarse á los peligros para salvar la vida de otra persona, será heroico, y si es con mala intención, no será meritorio para su autor, pero la idea de abnegación es buena. La pena no se da precisamente para castigar lo pasado, sino para prevenir lo futuro. El individuo que se determina á practicar el bien sin más motivo que la recompensa, es tan egoísta como el que se abstiene de hacer el mal nada más que por temor al castigo. Santa Teresa invocando á Dios le decía:

«Muéveme, en fin, tu amor de tal manera,
Que aunque no hubiera cielo, yo te amara,
Y aunque no hubiera infierno, te temiera.
No me tienes que dar porque te quiera,
Porque, si cuanto espero no esperara,
Lo mismo que te quiero te quisiera».

Que no estando los hombres obligados á conformarse con las reglas

de la moral, se entregarían al vicio sin ningún freno ni miramiento: luego la voluntad debe ser refrenada, y siendo así ¿dónde está el libre albedrío? Que sino existiera el libre albedrío sería inútil la educación. Un hombre bien educado se distingue del que no lo es, precisamente en que debe ejecutar algunos actos y debe también abstenerse de otros: puez si debe obrar de un modo determinado no existe libre albedrío: el objeto de la educación es destruirle: el verdadero libre albedrío es la armonía entre los intereses individuales y los intereses comunes. El remordimiento es el grito de la conciencia herida, por haberse desviado del motivo verdad, del motivo bondad y del motivo justicia. Los motivos de la voluntad están clasificados por la Estadística, la cual clasifica los delitos por edades, climas, profesiones, grado de instrucción etc., luego las acciones humanas se ven sujetas al cálculo y apreciación de su efectividad; luego el hombre no es libre en querer, aunque lo sea en ejecutar, puesto que existen reglamentadas las causas que impelen al delito. La Psicología simplicista encerrada en el alcázar de su conciencia, no da soluciones prácticas á las cuestiones de Derecho penal, y en su impotencia no hace más que imponerse al público con un dogmatismo autoritario, intolerante y campanudo, como los antiguos dómínes que enseñaban el latín á palmetazos. Ribot dice que la antigua Psicología desconoce el estudio de los fenómenos psíquicos, desde la forma animal más baja hasta la forma humana la más alta.

Es un laberinto de sutilezas, de divisiones, de subdivisiones, de abstracciones, de aforismos latinos, de citas de santos, de fantasmas escolásticos, de silogismos, de vueltas y revueltas, de madejas dialécticas, de sofismas, imposiciones y anatemas. Si todavía dominan los ergotistas, lo deben á la autoridad que les dá la ignorancia del pueblo. En prueba de que esa Psicología no ha explicado ciertos fenómenos pondré el ejemplo siguiente: Hipócrates dice que: cuando el cuerpo duerme, el alma está despierta, vé, oye, se mueve, se aflige, recuerda. Don José Carabantes en sus Comentarios al Código penal manifiesta que si no es fácil apreciar el misterioso trabajo de la inteligencia durante el sueño, se pueden fijar tres reglas para exigir la responsabilidad penal al somnábulo, de los delitos que cometió durante su sueño: 1.º Cuando conociendo su enfermedad no tomase las debidas precauciones 2.º cuando ratificase al despertar la acción cometida en estado de somnambulismo, y cuando existiese entre el somnábulo ó su víctima una enemistad capital. La ley de Partida sancionaba la imputabilidad en el primer caso. Luego si la ley ha legislado sobre el expresado estado anormal, prueba que el somnábulo puede tener conciencia y libertad; y entonces, ¿que sucede con las facultades del alma? ¿En dónde está la síntesis del hombre, el equilibrio entre el alma y el cuerpo? ¿Cómo es que cada cual se vá por distinto camino? Es un estado mas fatal que el de la locura, es mas inconsciente por decirlo así.

En tal caso el alma se sirve de su cuerpo flúidico, pues de otra manera, no se pueden explicar las venganzas del somnábulo: Esto confirma que todo fenómeno psicológico corresponde á otro fisiológico. Todo es mé-

todo en la naturaleza, observad en el hombre el número ternario: cabeza, cuerpo, miembros: la cabeza representa la esencia, la causalidad, la iniciativa; el cuerpo representa la forma y los miembros ó extremidades representan la vida, la actividad con las tres principales impresiones de los sentidos, auditiva, visible y tangible. El sonido recibido se reproduce en palabra, idea, esencia; el objeto visto se reproduce en imagen interior y exterior artística, y la materia sentida por el tacto, expresa la distinción, el no yo, elemento objetivo del conocimiento; teoría que amplifica Molliere en su *Metaphisique de L' Art*. San Juan decía: Tres son los que dan testimonio en el cielo: Padre hijo, espíritu santo y tres los que dan testimonio en la tierra: el espíritu, el agua y la sangre.

Si alguno que mira hacia atrás como la muger de Lot me dijera que nuestras teorías espiritistas ó racionalistas son unos sueños, le responderé con Pelletan: Duermo, sí; pero de pié: me concederás, por lo menos, la verdad de mi actitud. Mi convicción será una quimera, pero quimera por quimera, puesto que, según vuestra propia confesión, el porvenir es el gran quizá de la filosofía y profetizar es realmente soñar, prefiero la quimera que dice al desgraciado: levántate, y que al lado de su desgracia pone la esperanza, esa hija del cielo, esa primera virtud del ser llamado á una cosa más alta que el presente: esa primera entrada del alma en su patria inmortal desde esta vida.

Después de todo, el hombre más grande es aquel que, injuriado ó aplaudido, comprendido ó menospreciado, obra á más largo término, da más de sí á la humanidad; imprime la idea más perpétua á su obra y arroja esta por encima de los siglos á la posteridad, de la misma manera que el náufrago al hundirse en el abismo arroja su testamento á la playa vecina por encima de las olas.

VÍCTOR OZCÁRIZ.

EL SIGLO XIX.

El siglo es Sinaí, desde él proclama
Su Génesis el nuevo pensamiento:
Y la razón, en alas de la fama,
Construye al porvenir su gran cimiento.

La fábrica al trabajo se levanta,
Y el sacro altar á Dios en la conciencia:
Es la Prensa la fuente de la ciencia,
Raudal inmenso si el poeta canta.

Veloz el tren propaga las ideas
De polo á polo en zonas y naciones:
Todo es mi hogar, los mares y regiones.
¡Libres, oh siglo, en tu vejez nos veas!

V. OZCÁRIZ.